

# EL MUNDO

Martes, 4 de enero de 2005. Año XV. Número: 5.503.

## OPINION

### TRIBUNA LIBRE

## Abu Ghraib: la pérdida de la gracia

MICHAEL IGNATIEFF

Las fotos de Abu Ghraib no se decoloran con el tiempo. La de ese hombre cubierto con una capucha sobre una caja, la de esa persona presa del terror ante los colmillos de un perro, la de esa mujer que sin ningún pudor apunta a los genitales de un prisionero, todas ellas se han convertido en símbolos imborrables del horror y de la vergüenza.

Para los contrarios a la Guerra de Irak, Abu Ghraib marcó el momento en el que la invasión pasó de ser un acto de locura a un crimen. Para los partidarios de la guerra, Abu Ghraib no fue, en todo caso, sino un episodio aún más desagradable.

A medida que han pasado los meses y que no ha habido manera de encontrar las supuestas armas de destrucción masiva de Sadam Husein, la liberación del pueblo iraquí se ha convertido en una ilusión que justificaba todos los riesgos y los peligros de la ocupación. Las fotografías de unos norteamericanos descerebrados, que celebraban entre risas la humillación y el terror de sus prisioneros en la mismísima prisión en la que los torturadores de Sadam cometieron durante años y años sus peores tropelías, supusieron un golpe que redujo a cenizas toda la argumentación moral en favor de la guerra.

Si uno de los ejes centrales de la guerra contra el terrorismo es el esfuerzo en el campo de la opinión pública por convencer a las clases privilegiadas del mundo árabe de que apoyen la democratización de Irak, o al menos de que no se opongan a ella, junto con un esfuerzo en sentido contrario por impedir que los jóvenes de uno u otro sexo, sin trabajo y sin perspectivas, engrosen las filas de los terroristas, las demoledoras fotografías de los iraquíes detenidos, sometidos a malos tratos y a humillaciones de índole sexual por soldados de Estados Unidos en la prisión de Abu Ghraib, que se dieron a conocer al mundo por primera vez el 28 de abril de 2004 en el programa de televisión 60 Minutes II (60 minutos, Segunda Edición), supusieron un punto de inflexión en la suerte de esa guerra.

Un general estadounidense destacó el hecho de que, desde el punto de vista

militar, la difusión de esas fotografías a escala mundial era equivalente, en términos estratégicos, a una derrota en toda regla de las fuerzas de Estados Unidos en el campo de batalla. Por otra parte, fue una herida que nos infligimos nosotros mismos, y en la guerra contra el terrorismo, son esas heridas las más costosas de todas.

Los antecedentes históricos demuestran que muy pocas democracias maduras, si es que ha habido alguna, han llegado a ser derrotadas por los terroristas. Los británicos en Irlanda del Norte, los españoles en el País Vasco, los alemanes frente a la banda Baader-Meinhof, todos ellos se han impuesto contra las campañas de la violencia.

Sin embargo, las democracias pueden verse perjudicadas por un exceso de reacción: el policía que mata a un inocente, por ejemplo, o una legislación draconiana que recorte innecesariamente los derechos y libertades.

Abu Ghraib hizo que el país cayera en la cuenta de lo difícil que resulta en la práctica ganar una guerra frente a una sublevación local que cuenta con el apoyo de la población ocupada. Al igual que los franceses tuvieron que hacer frente al levantamiento en la Argelia colonial o los ingleses al Mau Mau en la Kenia colonial, Estados Unidos se enfrenta en Irak a una insurrección que no reviste gran importancia en el plano militar pero que es demoledora por su capacidad de socavar la voluntad de las fuerzas de ocupación.

En una guerra asimétrica, en la que uno de los bandos cuenta con todas las ventajas en el campo militar, la parte más débil está en condiciones de vencer si induce a la más fuerte a actuar de una manera que le lleve a perder su superioridad moral a la vez que debilita la confianza que pueda tener en sí misma.

Ante el goteo diario de bajas de soldados debidas a artefactos caseros pero mortales y a la vista del agotamiento a marchas forzadas del apoyo iraquí a la ocupación, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, y sus comandantes en jefe se dieron cuenta de que tenían que mejorar la fiabilidad de la información al mismo tiempo que infundir el terror entre los iraquíes que pudieran estar tentados de unirse a los sublevados.

Las órdenes de incrementar el número de detenidos en Abu Ghraib y de ablandarlos con una gama de técnicas que explícitamente incluían la utilización de perros, la privación del sueño y las humillaciones, llegaron desde arriba.

«Desde arriba» quiere decir que, aunque no se impartieran órdenes explícitas, la luz verde correspondió darla al propio presidente George W. Bush. A principios de 2002, según sabemos ahora, el presidente aprobó unas instrucciones secretas en las que se llegaba a la conclusión de que en Estados

Unidos no estaban constreñidos por las convenciones de Ginebra en lo que se refiere al trato dado a los detenidos de Guantánamo.

La aseveración de altos cargos del Pentágono de que lo de Abu Ghraib era obra de «unas pocas manzanas podridas» es una ficción para consumo interno. El rastro seguido por el documento, descubierto por investigadores del Ejército y dos grupos de trabajo, es lo suficientemente claro: Abu Ghraib, como el asesinato de dos prisioneros en la base aérea de Bagram, en Afganistán, se produjo directamente por culpa de decisiones presidenciales que quiebran desde dentro la tradición norteamericana de acatamiento de la legislación humanitaria internacional.

Rumsfeld y su equipo permitieron que, literalmente, les echaran los perros a los detenidos, que en la mayor parte de los casos resultó que no tenían ninguna información de valor que ofrecer, o muy poca, pero a los que se podía intimidar para que no se unieran a los rebeldes.

En este punto, el error consistió no sólo en dar por hecho que la intimidación pura y dura haría su efecto sino también en pasar por alto un dato de lo más simple por lo que respecta a los soldados modernos: todos ellos tienen cámaras digitales y acceso a Internet.

La guerra contra el terror es una guerra en los medios de comunicación. Los terroristas que decapitaron al periodista del The Wall Street Journal, Daniel Pearl, en Paquistán y los responsables de decapitar a contratistas extranjeros que trabajaban en Irak, demostraron una comprensión más perspicaz del poder de la imagería digital que la que tuvieron sus adversarios norteamericanos.

Lisa y llanamente, el Pentágono nunca tuvo en cuenta como un dato más la posibilidad de que su repugnante secretito llegara a ser revelado al mundo por sus propios soldados. Fue el soldado especialista Joseph M. Darby, miembro de la unidad de la Guardia Nacional responsable de los malos tratos fotografiados, quien decidió deslizar un CD con las fotos bajo la puerta de sus superiores. Desde aquel momento, el secreto estaba predestinado a filtrarse al mundo entero.

Para un optimista, Abu Ghraib encierra un mensaje de esperanza. La verdad siempre saldrá a la luz. En la era de la digitalización y los medios de comunicación se vuelve cada vez más difícil ocultar secretos abyectos. El hecho de que lo ocurrido fuera desvelado por un soldado raso hace suponer que no se han agotado las reservas de la más elemental decencia en el Ejército de Estados Unidos.

Para un pesimista, sin embargo, o para cualquiera que pretenda ayudar a los vacilantes iraquíes en su camino hacia la democracia, el panorama es bien poco

alentador. Como todas las ocupaciones coloniales que ha habido antes que ésta, la ocupación norteamericana de Irak se está viendo arrastrada por una insurgencia brutal ante una política de brutalidad que traiciona el honor del Ejército y que contradice la argumentación moral que en un primer momento nos llevó a la guerra. Todo aquel que se sintió horrorizado por las imágenes de Abu Ghraib quiere creer que se ha trazado un límite, que se han tomado medidas y que lo peor ya ha pasado. En el ambiente de seguridad menguante de Irak, lo único que podemos esperar es que eso no termine siendo una quimera.

**Michael Ignatieff es director del Carr Center for Human Rights Policy (Centro Carr de Políticas de Derechos Humanos), de la Universidad de Harvard; su obra más reciente es The Lesser Evil (El mal menor).**

© Mundinteractivos, S.A.